

TESTIMONIO

Memoria triste del país de las águilas

La autora dejó Albania a los dieciocho años. Ahora retrata el desmoronamiento de un país que quiso ser el último reducto del estalinismo en el mundo

JAVIER MELERO

Lea Ypi (Tirana, 1979), catedrática de Teoría Política en la London School of Economics, ha obtenido el reconocimiento de la crítica y público con esta excelente muestra de literatura memorialística, una biografía de los años de su infancia y juventud en el más exótico de los países comunistas europeos, la remota Albania de Enver Hoxa.

¿Cómo se vería a los ojos de una niña un lugar cómo aquel, la extraña Albania que aparecía mencionada en los pasaportes de la época franquista en una peculiar leyenda: “Válido para todos los países del mundo, excepto Albania, Corea del Norte y Mongolia Exterior”; el autodenominado “único país socialista del mundo” tras su ruptura primero con el bloque soviético y, después, con la China de Mao; el último país estalinista del planeta?

Un país en el que, tras la muerte de Stalin en 1953 y cuando Kruschev había revelado en el XX Congreso del PCUS parte de sus crímenes, Hoxa se dirigió a su estatua en la plaza Skandërbeg rindiéndole juramento de lealtad en nombre de todo el pueblo albanés y, junto con los miembros del Buró Políti-

co y las decenas de miles de personas que ocupaban la plaza, se arrodilló ante ella.

Y es a los pies de la estatua de Stalin donde da inicio este relato melancólico, aunque no carente de sentido del humor, que refiere un pasado oscuro con delicadeza y contención: en 1990, en el momento del colapso del régimen, cuando una niña recorre el trayecto del colegio a su casa, es testigo de los disturbios de aquellos días y se refugia junto a la efigie. Dirige la vista hacia arriba, buscando los amistosos bigotes del dictador y su cálida sonrisa, pero ve que ha sido decapitado durante los disturbios y que el mundo que conocía ya nunca será el mismo.

Lea, una colegiala inteligente y sensible que domina el francés gracias a su

fascinante abuela Nini –un personaje digno del Macondo de García Márquez– no es consciente todavía de la naturaleza del país donde ha nacido. Hasta entonces, lo que quería era formar parte de la organización juvenil del partido –los pioneros–, admirar al gran amigo de los niños, el tío Enver, y ser una buena comunista. Porque, aunque pueda parecer mentira, cuando ya se había deshonrado por sus crímenes y su ineptitud, el comunismo seguía siendo la ilusión de una buena parte de la humanidad.

Lo que Lea descubre entonces es que su bisabuelo había sido primer ministro en la Albania precomunista y eso la convertía en miembro de una estirpe de traidores; que su abuelo pagó los pecados políticos de su padre con veinte años de prisión y que sus padres eran dos seres derrotados cuya mayor ilusión (una de las escenas más tiernas y cómicas del libro) era exhibir en el comedor de casa una lata vacía de Coca-Cola, icono por el que llegan a romper con sus mejores amigos.

También que esas supuestas universidades en las que familiares y amigos pasaban largos años esperando la graduación no eran más que presidios y campos de trabajo para defectuosos con biografías defectuosas a los ojos del régimen. Lea recuerda su perplejidad cuando sus vecinos huyen de ese “faro de la clase obrera mundial”, ocupando las embajadas y tomando al asalto los barcos del puerto de Durrës, convertidos en hordas desesperadas y ansiosas por conquistar el paraíso occidental.

Ese mismo Occidente que se llenaba la boca con “la libre circulación de ideas y personas” y que no perdió el tiempo para expulsar en cuanto pudo a quienes menospreciaba como bárbaros miserables venidos del otro lado del mar. Los que se quedaron vivieron la caótica transición albanesa, el éxito de las pirámides y el capitalismo más mafioso y un nuevo aislamiento basado esta vez en la pobreza, no en la ideología.

Lea Ypi pudo escapar y regalarnos esta magnífica historia. Desde que marchó, a los dieciocho años, no ha vuelto a visitar Albania. /

Lea Ypi
Libre. El desafío de crecer en el fin de la historia
Traducción de Cecilia Ceriani.
Anagrama
328 páginas
19,85 euros



GENT SHKULLAKU / AFP

Estatua de Stalin en el almacén de una fundición en Tirana en el 2013